

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1977



Publicaciones de la  
EXCMO. D. N. D. I. A. C. I. O. N. P. R. O. V. I. N. C. I. A. L. D. E. S. E. V. I. L. L. A.  
D. N. D. O. N. A. A. N. T. O. N. I. A. H. I. R. R. E. R. A.  
**ARCHIVO  
HISPALENSE**



REVISTA  
HISTÓRICA, LITERARIA  
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN SEMESTRAL

**ARCHIVO HISPALENSE**

RESERVADOS LOS DERECHOS  
REVISTA  
HISTÓRICA, LITERARIA  
Y ARTÍSTICA

2.<sup>ª</sup> ÉPOQUE  
AÑO 1958



TOMO IX  
NUM 183

Depósito Legal, SE - 23 - 1958

Impreso en España en los talleres de la IMPRENTA PROVINCIAL - SEVILLA



*Publicaciones de la*  
**EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA**  
DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA RESERVADOS LOS DERECHOS

HISTÓRICA, LINGÜÍSTICA

Y ARTÍSTICA

Depósito Legal, SE - 25 - 1958

---

*Impreso en España, en los Talleres de la IMPRENTA PROVINCIAL. — SEVILLA*



# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA  
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL



2.<sup>a</sup> ÉPOCA  
AÑO 1977

TOMO LX  
NÚM. 183

SEVILLA, 1977

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1977

ENERO - ABRIL

Número 183

DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

SECRETARIO DE REDACCIÓN: JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

## CONSEJO DE REDACCIÓN:

MARIANO BORRERO HORTAL, PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.

JESÚS ARELLANO CATALÁN.

OCTAVIO GIL MUNILLA.

ANTONIO MURO OREJÓN.

LUIS TORO BUIZA.

JOSÉ GUERRERO LOVILLO.

FRANCISCO MORALES PADRÓN.

SR. SECRETARIO Y SR. INTERVENTOR DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.

ADMINISTRADOR: CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1.  
APARTADO DE CORREOS, 25. - TELÉFONO 223381. - SEVILLA (ESPAÑA)

**SUMARIO**

<b>ARTICULOS</b>	<b>Páginas</b>
BORRERO FERNÁNDEZ, M. <sup>a</sup> de las Mercedes.— <i>Un concejo de la "tierra" de Sevilla: Fregenal de la Sierra (siglos XIII-XV)</i> ... ..	1
DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio.— <i>Santiponce y el monasterio de San Isidoro del Campo</i> ... ..	71
HEREDIA HERRERA, Antonia.— <i>Guía de los fondos del Consulado de cargadores a Indias</i> ... ..	87
MILLÁN CHIVITE, José Luis.— <i>La generación revolucionaria de 1868 en Andalucía</i> ... ..	113
GIL-BERMEJO GARCÍA, Juana.— <i>Ecija en el siglo XVII: aspectos socio-demográficos y económicos</i> ... ..	127
PEMÁN, María.— <i>Murillo y Meneses Ossorio en Capuchinos de Cádiz</i> ... ..	145
SOONS, Alan.— <i>Un pequeño bicentenario. Los tres viajes de John Mac Donald</i> ... ..	167
 <b>MISCELANEA</b>	
CUENCA TORIBIO, José Manuel.— <i>La decadencia cordobesa en 1823. Aportación documental</i> ... ..	193
GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel.— <i>Nivel moral del clero sevillano a fines del siglo XIV</i> ... ..	199
GONZÁLEZ MORENO, Joaquín.— <i>Libros prohibidos por la Inquisición en 1815 y 1819</i> ... ..	205
 <b>LIBROS</b>	
<b>Temas sevillanos en la prensa local (septiembre-diciembre 1976)</b>	
REAL DÍAZ, Isabel ... ..	229
 <b>Crítica de libros.</b>	
CORTÉS ALONSO, Vicenta: <i>Fuentes documentales para la Historia de Huelva</i> .—Antonia Heredia Herrera ... ..	233
CARMONA DE LOS SANTOS, M. <sup>a</sup> A., y PARERA F. PACHECO, M. <sup>a</sup> Esperanza: <i>Indices de los protocolos notariales del Archivo Histórico Provincial de Cádiz</i> .—Antonia Heredia Herrera ... ..	233

SANZ, M.<sup>a</sup> Jesús: *La orfebrería sevillana del Barroco.*—  
 Jorge Bernales Ballesteros ... .. 234

OCHOTORENA, F.: *La vida de una ciudad: Almería si-  
 glo XIX (1800-1849).*—J. M. C. ... .. 237

*Diccionario de Historia eclesiástica de España.*—J. M. C. 237

PELÁEZ DEL ROSAL, M., y QUINTANILLA RASO, M. C.: *Priego  
 de Córdoba en la Edad Media.*—Antonio Collantes  
 de Terán ... .. 238

BERNALES BALLESTEROS, Jorge: *Alonso Cano en Sevilla.*—  
 Alberto Villar Movellán ... .. 239

COLLANTES DE TERÁN Y SÁNCHEZ, Antonio: *Guía del Archi-  
 vo Municipal de Sevilla.*—Antonia Heredia Herrera. 242

137 GIL-BERMELLO GARCÍA, Juan.—Escriba en el siglo XVII:  
 aspectos socio-demográficos y económicos ... ..

145 PAMÁN, María.—Mutillo y Meneses Osorio en Capueña—  
 vos de Cádiz ... ..

167 Soons, Alan.—Un pequeño bicentenario. Los tres siglos  
 de John Mac Donnell ... ..

MISGEL-ANNEA.—Las excavaciones de la necrópolis de  
 Guzmán Torrijos José Manuel.—La decadencia cordobesa  
 en 1833. Aportación documental ... .. 193

GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel.—Núñez Morán del clero sevil-  
 llano a fines del siglo XIV ... .. 198

GONZÁLEZ MORENO, Joaquín.—Libros prohibidos por la  
 Inquisición en 1815 y 1819 ... .. 205

LIBROS

Temas sevillanos en la prensa local  
 (septiembre-diciembre 1976) ... .. 220

Real Díaz, Isabel ... .. 220

Crítica de libros

García Alonso, Vicenta: Fuentes documentales para la  
 Historia de Huelva.—Antonia Heredia Herrera ... .. 233

GARNONA DE LOS SANTOS, M.<sup>a</sup> A. y BARRA F. Pacheco, M.<sup>a</sup>  
 Españolas: Índices de los protocolos notariales del  
 Archivo Histórico Provincial de Cádiz.—Antonia He-  
 redia Herrera ... .. 233

## UN PEQUEÑO BICENTENARIO. LOS TRES VIAJES DE JOHN MACDONALD

Gran parte de lo que sabemos de la vida del pueblo en el pasado nos llega de observadores ajenos a esa vida. Dentro del único siglo XVIII, que pensemos tan sólo en aquellos venteros mirados sin verdadera simpatía por un Fernández de Moratín, en los tipos plebeyos del campo del Padre Isla, literarizados ellos también, y los de la urbe, de Ramón de la Cruz. La *Historia de historias* de Torres Villarroel acaso será el único texto que nos comunique algo de las ansias cotidianas de los humildes, y aun así, esas ansias se ven mofadas por el Piscator. El hombre del pueblo español no solía, desde luego, escribir sus propias memorias, a pesar de que tenía como todos su sensibilidad, y como todos su reducido teatro en donde podía gesticular antes que el recuerdo de su existencia fuese aniquilado en el olvido. Pero es el caso que un hombre del pueblo, aunque fue de otra nacionalidad, se complacía durante un corto tiempo en observarle, en fraternizar con él, y por fin en vincular su destino con el suyo.

Se trata del escocés John MacDonal, servidor genial, quien dejó escrita la historia de su vida en un tomo publicado en Londres en 1790, *Travels in Various Parts of Europe, Asia and Africa*. Era natural de las Tierras Altas de Escocia, y es una gran virtud de la sociedad de clanes, prefeudal, de aquella comarca la de que no sale nadie de la mera oscuridad, de la nada, y Macdonald nace en 1741 en una familia distinguida, pero ya rota en las guerras jacobíticas contra la Casa de Hannover. Su padre fue nombrado capitán por el mismo príncipe Carlos Eduardo, para luego encontrar la muerte en el campo de batalla, dejando así en la miseria, en la aldea de Urquhart, condado de Inverness, a sus varios hijos. Luego pareció increíble que la hermana de nuestro autor, a los catorce años de ella, hubiese emprendido un viaje a pie hasta Edimburgo con tres hermanitos, de siete años, cuatro años y medio (John) y dos años y medio. Ya en sus tiernos años nuestro memorialista empieza a ser

mozo de muchos amos, compartiendo hasta cierto punto el destino de su congénere de antaño, el de Tormes, cuando se encuentra guía de un violinista ciego. No faltó tampoco el despertar de la simpleza cuando el ciego le castiga por haber atado el burro al grifo de un barril de cerveza, dejando así escapar aquel precioso líquido. Seguirán veinte amos más.

Consiguió Macdonald, a pesar del infortunio inicial, tener una personalidad extraordinaria, un don de gentes considerable, y un espíritu de tolerancia en todo digno del Siglo de las Luces. Era además un ejemplo de ese fenómeno siempre inexplicable, el "hombre interesante": suele hablar de las mujeres en un tono de compañerismo sano, a pesar de tener rendidas a un sinfín de ellas, entre todas las clases sociales.

Los viajes de Macdonald en España ocupan sólo las últimas páginas de su libro. Antes, en compañía de varios amos, había estado en la India, en la isla de Anjuán, en Francia y en Portugal. Coinciden los pasos de su vida de modo extraño con los de dos hombres de letras de renombre mundial, siendo él por casualidad el único presente en el lecho de muerte de Laurence Sterne (1786), cuando ese arquitecto del humor inglés por fin no estaba para chistes; y acompañó a París como servidor a James Macpherson, refundidor-falsario de la poesía osiánica, y por lo tanto impulsor inconsciente de toda una fuerza motriz de los ejércitos napoleónicos (1774). Entre sus viajes a la Península tuvo tiempo para instaurar por sí solo una moda ya inmarcesible: la del paraguas para hombres. Sólo un hombre del empaque impresionante de Macdonald —y, claro está, un hombre asegurado de modo tan misterioso del aplauso de las mujeres— pudiera haber promovido, en lugar del espadín típico del siglo, aquel atributo *sine qua non* del gentleman londinense que es el paraguas, el que ha hecho después las delicias tanto del anglófilo como del caricaturista. Después de entregar su manuscrito a un anónimo conocido para copiar, desaparece Macdonald de la historia. No sabemos si la muerte le sorprendió en España o en otra parte.

En su primer viaje a España Macdonald se siente fascinado por la vida gaditana —hasta da una descripción, con verdadera simpatía, de una corrida de toros— y luego se divierte por los pueblos en el camino de Aranjuez. Pero en el curso de su segundo viaje algo sucede que cambiará su vida para siempre. Ahí está el cervantino Tomás de Avendaño para declararnos a todos que no se puede uno prometer más viajes por el mundo



si se encuentra por en medio una venta toledana y una ilustre fregona. Es una viñeta preciosa de la menuda gente la de la familia de su Mabilia —cuyo nombre será recuerdo del *Amadis*—, sus dudas, sus afanes, su calidad humana en fin.

Macdonald llega a España en un momento próspero, y a Cádiz en su edad dorada comercial. El relato resuena con continuas alabanzas de los paisajes y los habitantes, y además deja respirar una atmósfera de tolerancia religiosa, a la cual Macdonald contribuye con toda sinceridad. Durante todos sus viajes este servidor atiende sin más a la comodidad y a la reputación de sus numerosos amos, sin pensar en sí mismo como individuo supeditado a la voluntad de otro. Pero al publicarse su libro ya se había estallado la Revolución Francesa, cuyos adalides solían exigir por medio de las amenazas una fraternidad en todo parecida a la desarrollada intuitivamente entre este escocés y sus amos. El nuevo siglo, que desconoció quizá por esto la obra de Macdonald, iba a ser el de acaudalados y lacayos, con una zanja casi siempre infranqueable entre los dos estamentos. Triunfó la burguesía pero parece que quedó azorada al pensar en las fraternidades subversivas de *Travels in Various Parts of Europe, Asia and Africa*.

\* \* \*

1777

Cruzando el río entre Portugal y el pueblo de Ayamonte entramos en la provincia, antes reino, de Andalucía. Nos alquiló cinco mulos, para transportarnos a nosotros y nuestro baje, un señor a quien se le había recomendado a mi amo. Aquél, que se llamaba Lepo, dejó prestada a sir John (1) una silla de montar inglesa (2) que tenía que ser devuelta con los mismos mulos. Henry, el otro criado, y yo íbamos subidos encima del bagaje, y estando todo ya en orden, anduvimos por el hermoso pueblo de Ayamonte. Al pasar nosotros por la calle vino a asomarse a su ventana una mujer muy bella, pero en viéndonos desapareció en un instante, de miedo a que alguien le viese mirar a extranjeros. Es Ayamonte un pueblo magnífico para el comercio, cerca del mar y a orillas de un río en buena tierra cultivada. Llegamos al Terrón a la hora de comer, y a la noche

(1) Sir John Stewart (1756-1897), quinto baronete, señor de Castlemilk, conde de Lanark, Escocia.

(2) Sin duda parecida en forma a la ilustrada en la *Enciclopedia Espasa*, s. v. "Silla".

a Lepe, habiendo pasado por un campo llano y hermoso. En todo este viaje estábamos cerca del mar. El Terrón y Lepe son pueblos grandes y hermosos, pero allí no se veía ninguna mujer. Como los portugueses, los españoles son buenos y corteses; ni sueñan siquiera con timarle a uno, siendo muy distintos en esto de los franceses. A la mañana comimos en Cartaya y luego cruzamos el río de las Piedras (3) y el Odiel, para llegar a Gibraleón, un pueblo grande donde teníamos buen alojamiento. Los dos arrieros españoles salieron a comprar cebada para los mulos y yo les acompañé, encontrando luego a una mujer que quería que yo pasara la noche con ella. Le prometí que sí, pero no cumplí, y Henry fue en lugar mío.

Aquí en Gibraleón estábamos muy contentos toda la tarde. Sir John, el arriero y yo dormíamos en un cuarto, y en la recámara dormían el ventero, su mujer y su hija, una muchacha bonita de unos quince años. Me levanté durante la noche para orinar, pero no hallando ningún orinal me acerqué a la cama de la muchacha y le quité el orinal de ella, colocándolo después junto al catre de sir John. Un poco antes del amanecer lo volví a su sitio y me acosté. Nos llamó Henry hacia las seis, yo hice un buen chocolate para sir John, y después del desayuno salimos para San Juan del Puerto, una etapa larga de dieciocho millas. Nos paramos en una casa en la carretera a unas seis millas de Gibraleón para dar forraje y agua a los mulos, mientras comíamos nosotros huevos duros, pan y vino, los cuales teníamos siempre con nosotros. Empezó en seguida a llover estando todavía en el camino, y no se escampó en todo el día. No había ningún sitio en donde pudiéramos hacer alto antes de San Juan, y me vi obligado a colocar parte del hule que cubría el equipaje sobre lo de sir John, en el lado por donde vino la lluvia. Viajaban varios mercaderes de vinos sobre el mismo camino que nosotros.

Llegamos a San Juan, donde nos hospedaron en una casa completamente vacía de muebles. Formaba parte de esta casa el establo, mientras que el dueño vivía en la casa de al lado. Se llamaba éste Felipe, y tenía un comercio parecido al de un especiero o velero de Londres. Nos enviaba leña o cualquiera otra cosa, y quedamos allí tres noches más porque con la lluvia los ríos estaban demasiado altos para que pasáramos nosotros,

(3) El texto llama este río "Sally".



no habiendo allí ni puente ni barca de pasaje. Felipe nos enviaba todavía todo lo que quisiéramos, siendo él un hombre bueno, bonachón y rico. La tercera noche me hizo vestir a la española, y luego visitamos las casas de algunos amigos suyos y una taberna.

Al día siguiente se nos informó que los ríos habían bajado, así que nos partimos para Sanlúcar, atravesando en el camino el río Tinto y un afluente del Guadiamar (4). Sanlúcar es un pueblo grande con hermosas iglesias, que visitamos, y paseos públicos alrededor. Allí estaba acuartelado en este tiempo un regimiento de caballería y uno de a pie, y los oficiales se veían pasearse con sus damas, estando éstas siempre con velo. Sir John decidió pasar la noche allí, y al día siguiente por la mañana anduvimos a través de la llanura, comiendo luego en el pueblo de Almonte. Vimos cruzar esta llanura una piara de dos mil cerdos, casi todos de color negro, recogidos de distintas regiones de España para luego abastecer la gran ciudad de Sevilla. A los españoles les gusta la carne de cerdo aún más que a los ingleses. Llegamos a la noche a una aldea llamada La Atalaya (5), a orillas del mar, donde encontramos establos y cocina sin pared en medio: los mulos estaban a un extremo de la posada y los viajeros a otro. Cocinaba todo el mundo para sí mismo, y así yo hice la sopa "al estilo de la Reina de Escocia" (6). En La Atalaya se cerraban las puertas después del anochecer y se nos aconsejó que no saliésemos a causa de los bandidos que merodeaban por allí. Al amanecer anduvimos por la playa hasta Nepuero (7), una aldea pequeña cerca de donde desemboca el gran río Guadalquivir. Como no teníamos más de dieciséis millas que andar aquel día no llevábamos prisa, y sir John y yo íbamos algunas seis millas por la arena recogiendo conchas de mar de una especie descomunal, que luego fueron expedidas a Londres.

Al acercarnos a Nepuero divisamos un navío que se iba a pique a pesar de que hacía un día espléndido, y no estaba a mayor distancia que una milla, a sotavento. Los del navío hacían

(4) En el texto "Moncanilla". Acaso el río Corumbel.

(5) Quizá no topónimo; la aldea *tendría* una atalaya.

(6) Macdonald nos da, en otra parte de su libro, la receta: Seis pollos se dividen en pedazos menudos, y con las mollejas, corazones e higados, se meten en una cazuela a hervir cubiertos del agua. Luego se condimentan con sal, pimienta y perejil machacado y se les agregan ocho huevos. Se revuelve todo inmediatamente antes de servir.

(7) No aparece en mapas modernos, a no ser que sea La Torre de San Jacinto, cerca de la Punta de Malandar.

todo lo posible para hacerse otra vez al mar, pero en vano. Estaba cargado de pescado de Terranova, y al fin quedó roto en un escollo cerca de donde cae el río en el mar. Al día siguiente comimos en Nepuero, despidiendo primero a los arrieros con sus mulos. Atravesamos el río en bote frente a la aduana donde el Guadalquivir tiene dos millas de ancho. Se franqueó nuestro equipaje en la aduana y se metió en una carreta. Nos vimos obligados a andar dos millas a pie a la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, donde había posadas, pero tuvimos luego muy buen alojamiento y pasamos allí una semana entera, logrando tener mejores camas que en ningún sitio después de haber dejado Lisboa. Sir John hizo visita a sus dos amigos los señores Hunter y Carr, mercaderes de vinos, que tenían un mayordomo oriundo de Edimburgo. Este y yo fuimos a la mañana a ver el buque que se había ido a pique y el pescado que la marea llevaba hasta la playa. Los de Sanlúcar tenían una ocasión única de surtirse varios millares de hermosos bacalaos sin pagar nada. Luego cuando los caballeros salieron a pasearse a caballo el mayordomo, llamado Hamilton, y yo fuimos a cazar con dos galgos, y tuvimos un buen día de deporte.

Sanlúcar es una ciudad magnífica para el comercio, situada cerca del mar y a orillas de uno de los ríos más impresionantes del mundo. Detrás de ella hay muchas colinas y una fortaleza a una milla de distancia. Allí hicimos visita y hallamos a soldados ingleses, irlandeses, escoceses y galeses en el servicio del Rey de España. Tenían todos una vida muy ancha, no teniendo que molestarse en dejar Sanlúcar y su fortaleza. La casa donde se alojaba sir John era uno de los más grandes comercios de vinos de Sanlúcar. Yo estuve en las grandes bodegas, que parecen almacenes grandes de cerveceros de Londres. El día que salimos de Sanlúcar enviamos nuestro equipaje en una carreta antes de las cuatro de la mañana y nos pusimos en camino a las seis. Anduvimos quince millas a través de un paisaje risueño, abundante en viñas e higueras. El equipaje, y nosotros mismos, llegamos al Puerto de Santa María a las once, en la Venta de las Tres Palomas. El Puerto es una ciudad hermosa con una alameda a un extremo para caballeros y damas. Comimos en la venta, pero debido a que Cádiz no distaba más de nueve millas por el mar, sir John quiso estar allí ese mismo día, a pesar de que hacía mucho viento. Yo le indiqué a sir John que había demasiado aire para que fuésemos en una embarcación sin cubierta, pero él insistió que los bateleros sabían su

oficio mejor. Como se habían marchado todas las embarcaciones que solían hacer el tránsito mediante el precio corriente de unos ocho peniques por persona, mi amo contrató una por ocho dálares. Al prepararnos para entrar en el londro, Bernardo, nuestro ventero y un italiano, dijo:

—Sir John, hace mucho viento, pero estos hombres se han atrevido a navegar por haberles dado usted tanto dinero.

Entramos en un londro grande y sin cubierta, con un solo palo y una sola vela, muy ancha. Estábamos a bordo el batelero y ocho de sus hombres, sir John, tres señores españoles, Henry y yo. No habíamos ido más de una milla cuando el viento empezó a soplar muy recio y dentro de diez minutos ya se trataba de una tempestad. Los marineros, siendo de los de agua dulce, habían izado demasiado la vela, lo cual acostaba considerablemente en uno de sus lados. Llegó el mar y llenó la embarcación hasta la mitad. Yo, al ver ésto, hice señal para que bajasen la vela, lo cual hicieron hasta medio mástil, y a no haberlo hecho se nos hubiera tragado la siguiente ola. Pensaba sir John que esta vida ya se acababa para nosotros todos, y Henry se acurrucaba a mis pies sin poder decir palabra. La tripulación se valió de los cubos y empezó a baldear, pero una ola en seguida se llevó uno de ellos. Lo mismo sucedió con otro cubo dentro de pocos minutos. Entró más agua y todo el mundo en el londro pensaba morir de un momento a otro. Llamaron los marineros a sus mujeres y sus familias, mientras yo me sentaba en el lado de sotavento de la embarcación agarrándome a las jarcias y tratando de darle coraje a sir John; él no había visto antes los peligros que yo. Los caballeros se quedaban en la reducida cubierta de la popa, teniendo yo a mi lado el equipaje. Había a sotavento un buque de guerra inglés, y sir John gritó con todas sus fuerzas a la gente a bordo, pero no podían ayudarnos en nada. Yo me preparé para el fin, pero pensaba para mis adentros: “Tendré el mismo destino que mi amo, y nada peor”. No había visto nunca parecido: los marineros en el agua hasta la cintura, gritando y echando el mar para afuera con sus sombreros, y nosotros tan mojados como ellos. No vi ninguna alteración entre los caballeros españoles, pero hablaban entre sí del hecho de que sir John y yo éramos ingleses y que pensaban que Dios había enviado aquella tempestad por esa razón. Uno de ellos preguntó efectivamente si éramos ingleses, y al responder yo que sí, volvió a preguntar si éramos católicos. Cuando no podíamos ya más, le plugo a Dios acalmar la tempestad

un poco. Nos acercamos por fin al puerto y yo le hablé a Henry, pero éste no pudo responder nada. Explicó sir John que todavía no se había recuperado del miedo. Tuvimos luego gran dificultad en amarrarnos al muelle de Cádiz, se arrojaban tan fuertemente contra él las olas. Nos transferimos desde el londro a un bote más pequeño para ir a tierra, y valiéndonos de amarras procuramos salir de la embarcación, mientras que una gran multitud de gente se regocijaba de que hubiésemos llegado a salvo. Sir John devolvió estos honores al público, quitándose el sombrero e inclinándose. Nos hospedamos luego en la Venta del Caballo Blanco (8). Por la mañana llegó a ver a sir John el señor Duff, gran comerciante de Cádiz, quien le invitó a vivir en su propia casa mientras estaba en Cádiz. Así que nos trasladamos a casa de la Compañía Duff y Welsh, y al día siguiente mi amo despidió a Henry, teniendo éste ya oportunidad para regresar con cierto caballero a Lisboa. Aquel día, mientras ayudaba a sir John a vestirse, dijo él:

—John, yo creo que escapamos con vida como por milagro en ese viaje desde Puerto de Santa María.

—Sí, gracias a Dios, dije yo. Yo se lo aseguro, sir John, y pensaba morir de un momento a otro, aunque no demostrara ninguna señal de miedo. Pero también estaba consolándome de que había ya superado muchos peligros, y si hubiera de morir allí, no iba a pasarlo peor que mi amo en lo de muerte y sepultura.

Este señor Duff era hijo del sheriff de Ayr, en Escocia, y sobrino del hombre que me prohió a mí, el señor Hamilton de Bargeny. (Y este señor Hamilton también tenía entonces un hermano que era hombre de negocios en Cádiz, llamado William Dalrymple). En casa de los señores Duff y Welsh no había criadas, porque no era costumbre en Cádiz que los solteros las tuviesen. Había en cambio un mayordomo, su ayudante, un jefe de cocina y un pinche, dos de los cuales eran franceses y dos italianos. Yo limpiaba la habitación de mi amo y la mía, y hacía las camas. Estábamos felices como reyes. No hacen tanta falta las criadas en España, como no hay buenos empleos fuera de la cocina. Y como en Escocia los cocineros suelen ser hombres.

Cádiz es una ciudad agradable y fortificada en todos los

(8) Sin duda la Venta del Caballo, mencionada por Ramón Solís, *El Cádiz de las Cortes*, Madrid, 1969, p. 138, y por Richard Ford, *Handbook for Travellers in Spain*, Londres, 1845, t. I, 206, como situada a 176 de la Calle del Hondillo.

lados. Suelen pasearse los caballeros y las damas en los adarves para gozarse del panorama, y allí se han colocado asientos. Hay además una hermosa alameda, donde circulan los que van en carruajes. En España se da una costumbre admirable: al atardecer redoblan las campanas en todas las iglesias, y los hombres y las mujeres de todas las clases sociales se paran un momento, mientras el Padrenuestro se reza en las iglesias. Los hombres se quitan el sombrero y las señoras se cubren el rostro con el abanico. Otra vez redobla la campana, los señores se inclinan hacia las damas, y todos vuelven a pasearse. Del mismo estilo se paran los coches y los que se pasean a caballo. Andan los curas alrededor de las nueve de la tarde por las calles, con linternas que dan una luz muy grande, y luego se estacionan en ciertos sitios para rezar y dar gracias a Dios, además de amonestar a la gente contra el mar nocturno.

Son muy buenas las calles de Cádiz, y las casas son altas y de apariencia señorial. Son blancas, hechas de piedra y cal, y muy convenientes para los criados (9). Al entrar en una desde la calle se halla uno en un patio con pavimento de mármol, abierto al cielo y con sótanos y almacenes a su alrededor. Subiendo hasta el primer piso se encuentran cuartos y escritorios, y hay un pasamanos que limita la galería. Los pisos segundo, tercero y cuarto se parecen a aquél, de modo que la casa pueda quedar siempre abierta. Atada a la tranca de la puerta de la calle hay una cuerda que alcanza desde la reja de hierro en cada piso, frente al portalón. Así que en cualquier lugar de la casa que esté el criado, puede salir de su cuarto y mirar desde la reja para abajo, luego tirar de la tranca de la puerta con esa cuerda. Entra el visitante y pasa para arriba, cerrándose la puerta por sí sola. Si solo es un mensaje, el criado puede recibirlo y comunicarlo en casa. Subiendo más arriba se llega al tejado, que es una azotea plana y agradable, para pasearse y tomar el te de la tarde. Esta azotea está bellamente ornamentada de piedra labrada, y donde se pisa hay un pavimento de azulejos planos.

En Cádiz no hay otra agua que la del cielo, que se recoge en las azoteas. Hay, desde luego, agua transportada desde Puerto de Santa María por el mar para caballeros y damas. Con este oficio dan de comer muchos a sus familias, y a la tarde se ven

(9) En sus detalles muy parecida a la casa típica descrita por Solís, "La casa gaditana", *op. cit.*, 48-59.

a los hombres llevar a cuestas una gran lata, dos vasos y una servilleta limpia en la mano (10). Se acercan a señores y señoras, ofreciendo esta agua a la compañía. ¡Qué agradable es ver a tantos bizarros caballeros y damas pasearse en los adarves y el malecón, donde tienen una prospectiva tan amplia de la tierra y del mar! Tan compacto es Cádiz que uno puede dar la vuelta de él a pie en una hora.

Quando se dan un paseo todas las señoras del sur de España llevan velo. Con llegar a Cádiz en Cuaresma yo estaba en ayunas igual a los habitantes, pero el ayuno nuestro hubiera significado vivir opíparamente para un londinense: teníamos buen pan y buen vino, te y mantequilla fina, y a la cena pescado salado, patatas, rábanos, una salsa adecuada, pescado cocido en vino, pescado fresco cocido o cocinado a vapor, huevos fritos y huevos con espinaca cada día. Además los señores del cuarto de estar tenían todo lo que querían, porque la familia era grande.

No había estado sir John más de tres semanas en Cádiz cuando se enfermó de una fiebre intermitente (11). El doctor Maguire, un médico irlandés de Cádiz, le atendía, pero sir John no tenía otro enfermero que yo. No pude en dieciséis noches desnudarme, y tenía una lumbre encendida toda la noche y una lámpara para calentar todo lo que pedía. Me echaba en el sofá del cuarto adyacente. Por fin mi amo llegó a estar tan débil que casi no pudo llamarme, y le dije.

—Señor, si usted quiere, yo me ataré una cuerda alrededor de la muñeca durante la noche, y cuando usted me quiera llamar tire de la cuerda. Estaré despierto en un momento.

Sir John, sin embargo, quiso que yo me echase en un colchón al lado de la cama, y yo hice lo que deseaba. Antes de otras tres semanas se mudó la fiebre en un temblor, se recuperaba sir John de vez en cuando y entonces podía pasearse y andar en coche. Por estos días hubo la procesión de Semana Santa, y como pasaba delante de nuestra casa le daba mucho placer a mi amo. Empieza el lunes con la escena de la traición de Nuestro Señor por Judas, luego más tarde en la semana llega la apariencia de Cristo ante Pilatos, el proceso y la flagelación. En seguida viene la Vía Crucis, con Simón de Cirene ayudando

(10) Son los "aguadores de vaso", Solís, 85.

(11) Cf. Solís, "La epidemia", 439-449.



al Señor a llevar la Cruz, la Crucifixión entre ladrones, y la soledad del Señor, aparte de Nuestra Señora, su hermana la mujer de Cleofás, María Magdalena y San Juan el Apóstol Predilecto. El sábado Judas arroja de sí los dineros y se ahorca. Todos estos pasos se ven sobre escenas montadas en ruedas, y la procesión misma se efectúa cada día después del desayuno, cuando unos centenares de los caballeros de la ciudad andan vestidos, con sus espadines y todo, y cada uno llevando una tea encendida en la mano. El clero les acompaña.

Se mejoraba bastante sir John, así que el doctor Maguire le recomendó que tomase el aire del Puerto de Santa María. Fue allá y se hospedó en casa de don Bernardo, la misma Venta de las Tres Palomas donde habíamos estado antes. Tenía mi amo una alcoba a un extremo del gran comedor, con dos camas. Al otro extremo vivía el general O'Reilly, comandante de todo el ejército del Sur de España (12). Era éste irlandés y tenía un gran séquito, pero ningún servidor británico ni irlandés. Muchos caballeros llegaron a visitar a sir John, entre ellos el señor Walmsley, un inglés que poseía una casa bonita con jardines en el campo a dos millas del Puerto. Invitó a sir John que tomara leche con él por las mañanas o cuando quisiese. Adquirió mi amo un gran borrico que pertenecía a la Venta, lo ensilló con silla inglesa y montó sobre él. Nos partimos a las seis de la mañana, y yo tenía ya mi abrigo terciado sobre el hombro izquierdo a causa del calor que hacía. Iba yo andando y el borrico me seguía detrás. Durante diez días hicimos este trayecto, regresando cada día a tiempo para el almuerzo. Luego el señor Duff envió uno de sus mulos por tierra al Puerto y yo pude entonces ir montado en aquel borrico. Visitamos así varios sitios en el campo en las tardes. No hay rey en el mundo que pudiera tener el placer que nosotros, vagando así de un lugar a otro. El general O'Reilly se marchó de la venta y llegó en seguida el obispo de Sevilla para comer en el camino de Cádiz.

Al cabo de tres semanas en el Puerto de Santa María sir John pudo regresar a Cádiz muy mejorado, con un temblor y una fiebre sólo cada tres días. Después de nuestro regreso a Cádiz por el mar llegó la temporada de las corridas de toros. Esta fiesta suele ser así: alrededor de un terreno amplio y redondo, abierto al cielo, suben los asientos desde el centro de

(12) Alejandro O'Reilly (c. 1725-1794), natural de Irlanda y comandante de las Escuelas Militares del Puerto, luego de Andalucía.

un césped. Se parecen a los de a dos chelines en uno de nuestros corrales de comedias. Hacia un extremo del césped hay un poste fijado, con un monazo encadenado. (13). Antes de llegar el público diez toros se colocan en un establo por debajo de estos asientos. Luego el público llega, el Gobernador y su familia se sientan y se toca una campanilla. Allí está el monazo sobre su poste, cuando aparecen tres hombres a caballo, con botas muy vistosas y con sendas lanzas en la mano, cabalgando muy apretados. Uno de los toros se deja escapar, y da patadas en el suelo mientras mira al público, al mono y a los tres jinetes. Están éstos listos para recibirlo y el toro corre a todo trapo hacia uno de los caballos, cuyo jinete clava su lanza en el hombro del animal. Debe embestir el toro solo y debe hacerlo desde en frente. A veces el toro consigue echar al hombre y su caballo por el suelo, otras desgarrar el vientre del caballo y entonces se observan las entrañas de éste esparcirse por el ruedo. Al dar el primer embiste al caballo siempre hay otro hombre, ligeramente vestido, llevando en la mano un pedazo de seda del tamaño de un mantel mediano. Sacude el toro esta seda con los cuernos, y mientras tanto el jinete puede ganar un sitio más seguro. Los jinetes se preparan para el segundo embiste, y el toro, con las heridas que ha recibido, está más rabioso que nunca. Entonces es cuando corre a veces hacia el mono, y hay carcajadas de parte del público. Un repique de campanilla pone fin a esta escena después de seis minutos. Ahora los jinetes se retiran para un lado y sale otro torero con garruchas en las manos, de una yarda de largo y con su punta aguda como la de un anzuelo de pescar menudo. Embiste el toro al galope y lo traspasa con las garruchas por entre los cuernos y dentro de los hombros o el cuello. El toro da una vuelta del ruedo y luego aparece otro hombre, mientras que el simio sigue aguardando en su poste y observando el espectáculo. El toro embiste con un segundo, con un tercero, y así por el estilo, hasta que tiene ocho o diez garruchas colgando del lomo y de los hombros y está verdaderamente ensañado. Al cabo de otros seis minutos suena otra campanilla, se retiran los toreros, y sale el matador con su

(13) El detalle del mono encadenado se evidencia también en la guía turística de Hans Ottokar Reichard, *Guide d'Espagne et du Portugal (1793)*, reproducida París: La Courtille, 1971: "On pose aussi un poteau au milieu de la place; on y enchaîne un singe; le taureau vient, frappe le poteau; le singe, dont la chaîne a une certaine longueur, lui saute sur le corps, et les autres de rire", fol. N7r.



Andrea Ferrara (14) en la mano. Recibe el encuentro del toro al galope y luego dirige su espada por entre los cuernos y en el hombro hasta el corazón. Cae el toro muerto.

En un minuto ha llegado un joven con tres caballos de frente, adornados con plumas, ha sujetado los cuernos del animal con un cincho y lo ha arrastrado al galope hasta el matadero. El día siguiente se habrá vendido la carne al público a dos peniques la libra. A veces, sin embargo, el torero no acierta con su estocada y el toro se aleja con la espada metida en el hombro. Otras veces, cuando el matador se considera seguro de poderlo matar, se inclina hacia alguna dama y dice: "En honor de doña Fulana, he de matar este toro de una sola estocada". Si consigue hacerlo el público suele arrojarle gran cantidad de dinero; si no, tiene que ausentarse bajo sus silbidos del ruedo.

Sir John, después de un rato en Cádiz, todavía no pudo sacudirse su temblor y su fiebre, y decidió abandonar su proyecto de viajar a Africa y en cambio regresar a Inglaterra acompañado de ciertos señores. Vaciló al principio entre ir por mar o por tierra, pero después optó por el segundo. El señor Duff solicitó al general O'Reilly un soldado irlandés o escocés que actuara como retaguardia del coche y como intérprete. Pero antes de partirnos estuvimos conscientes de un terremoto, por la mañana del 10 de mayo. Sir John estaba en la cama, y el cocinero y yo ocupados en la cocina, mientras que la ciudad de Cádiz fue levantada por entero y sacudida un poco, luego bajada otra vez. Invocó el cocinero a Jesús y a Nuestra Señora, y yo mismo grité: "¡Jesús! ¡Mi amo ha de morir en la cama!". No había luego cara en todo Cádiz que no quedase sin color, y dentro de diez minutos la población entera estaba en la calle rezando y dando gracias. Se trastornaron algunas tinajas y fue todo.

Fuimos dos días después al Puerto de Santa María en compañía de un gran número de caballeros, que pasaron la noche con mi amo en casa de don Bernardo. Luego sir John alquiló un coche con seis mulos para el viaje a Madrid. Descubrió que en el ejército se habían dado órdenes que todo el mundo se quedase con su regimiento, porque se suponía que los franceses estaban en ese momento al punto de aliarse con los norteamericanos.

(14) Apodo de espada de origen desconocido. El único fabricante de espadas con un nombre parecido sería Andrés Herráez, activo en Toledo y Cuenca.

canos, así que el general O'Reilly no estaba dispuesto a facilitarle ningún soldado a sir John. Salimos sin intérprete y sin retaguardia, y dejamos atrás aquel sitio tan agradable el Puerto de Santa María. A mediados de mayo, con nuestro coche y seis mulos que valían sesenta o setenta guineas cada uno, nos partimos para Madrid. Es una distancia de unas trescientas cincuenta millas y cubrimos el viaje a un paso sólo un poco más rápido que el de una carreta de mercancías en Inglaterra. Nuestra primera etapa fue corta, hasta Jerez de la Frontera, una ciudad famosa en toda España por sus vinos de Jerez. Dan allí gran respeto a los galones de oro, y en las posadas solían confundirme con mi amo. Por eso pedí a sir John que él se vistiese siempre de trajes con galones de oro, y esto lo hizo durante todo el viaje por España.

Las posadas por el camino eran razonables, y sus camareros solían poner los manteles para los dos de nosotros. Por primera vez cené en la misma mesa que sir John, y dormía en la misma alcoba hasta llegar a San Juan de Luz. Por la mañana temprano nos partimos para Arcos de la Frontera, y así teníamos costumbre de salir, a las cuatro, para poder caminar mientras hacía fresco. En el camino, cada vez que nos metieron en un cuarto vacío donde no se preocupaba nadie por nosotros, yo hacía de cocinero. La criada me traía el agua y hacía el fuego no más. Yo tenía una caja de vinos finos para mi amo y vino de Jerez para mí mismo, y especias, sal y arroz, y una pequeña olla de cobre, con un receptáculo por encima, para preparar platos de carne. Solía aderezar la comida para el día siguiente, reservando la sopa en la parte inferior de la olla y un pollo en la de arriba, mientras que la tapadera llegaba por de fuera hasta la mitad de la olla para que no entrase ningún polvo. A la hora del almuerzo sólo tenía que calentar la comida (15).

Suspendía esta olla de un gancho debajo del coche con una cuerda. Podíamos comprarnos perdices, gallinas, pollos, huevos y algún pescado, que cocinaba en vino. Era nuestra costumbre almorzar en el camino, el cochero y su sobrino comiendo en el mismo pescante y nosotros adentro del coche. Comíamos las más de las veces pollo cocinado a vapor o perdiz. Cada vez que había preparado bastante sir John insistía en que yo diese parte al cochero por la ventana, así que almorzábamos todos

(15) Este método de aderezar el ave será el *dampuit* de la India. El nombre se deriva del persa 'dam': aliento, y 'pujt': cocido.

juntos y andábamos muy lentamente. Yo hacía a la noche chocolate para tomar luego a las cuatro de la mañana. Sir John ya no estaba experimentando ninguna reincidencia de su fiebre, lo cual hizo mucho más agradable el viaje. No había hombre en el mundo más contento que yo, caminando así por un hermoso paisaje, donde ya se habían hecho las mieses antes del 20 de mayo.

A la noche llegamos a Bornos, donde no había nada especial fuera de cierta alegría, debido a que nuestro cochero era un hombre muy guapo, y a su sobrino y a él les gustaba el bailar. Llegó uno con una guitarra y hubo en seguida un baile con la dueña de la posada y otra muchacha. Esto de la música que disfrutábamos en el viaje me llegó a costar muchos chelines, porque hubo pocas tardes en que el cochero y el sobrino no cenaban en la posada en que hacíamos alto.

Al día siguiente desayunamos en Espera, luego de haber cruzado la Sierra de Alhoquina (16). Pasamos después por un país agradable, bien cultivado, con bosques y agua, para llegar a la tarde en un hermoso pueblo llamado Utrera. Seguimos nuestro camino por Marchena hasta otro sitio hermoso, Ecija, dejando por la mano derecha la gran ciudad de Sevilla. Cruzamos un afluente del río Guadalquivir y comimos luego en Palma del Río. Nos paramos al anochecer en Posadas después de haber cruzado el Genil. Los de la posada eran parientes de Prosilla, el cochero, y otra vez le dio mucho placer a sir John ver bailar a Prosilla con su castañuela en cada mano para darse el compás. Del gusto que había tenido el mismo sir John bailó un fandango.

En cada pueblo que visitábamos solíamos ir a la iglesia, y yo pasaba por católico. Si me preguntaban si mi amo era también católico decía yo que sí, pero luego se ponían curiosos: "Es viernes, ¿y usted adereza un pollo para él hoy?". Les tenía que explicar que cuando mi amo estaba en Sanlúcar de Barrameda había solicitado al cura principal un permiso para poder comer carne por razones de su salud mientras viajaba por España. Le había otorgado a mi amo una indulgencia que le permitía comer cualquier especie de ave mientras estuviese en España, y sir John había correspondido luego con una limosna de cien dólares para los pobres de Sanlúcar. Tenía, solía yo explicar, esta indulgencia en su cartera.

(16) Quizá la Sierra Padrona.

(17) En el texto "Samosa."  
 (18) Quizá la Dehesa de la Jara.  
 (19) En el texto "Sierra de Conovela," acaso "Conovela."  
 (20) En el texto "Conovela."

Aquella noche hice para él un pilao al estilo de la India, o sea, una hermosa gallina cocida con arroz y mantequilla, bien condimentada, con huevos y cebollas cocidos para adornar el plato.

Mientras se hacía esta cena se enfermó la dueña de la posada, y yo se lo indiqué a sir John. Quiso él en seguida que yo le llevara un vaso de coñac y un gran plato del pilao en el momento de servirle yo su cena. Comunicó su deseo que ella se lo comiera, siendo su compañera en sufrimientos. Y así hizo ella con verdadero apetito. Para mi propia cena comí pescado, mientras Prosilla y los otros contenían mal la risa al ver cuán fuertemente comía y bebía la dueña estando enferma. Si alguien está enfermo se le permite comer carne aquel día, aunque sea de cuaresma o un viernes.

Salimos de Posadas por la mañana para comer en la gran ciudad de Córdoba, pero antes fuimos a ver su hermosa iglesia, que tenía setecientas columnas de mármol por dentro. Luego pasamos a Adamuz (17), cruzando la Sierra de Constantina (18), que estaban cubiertas de flores de muchos colores. Cada vez que vi una flor o una planta que era desconocida para mí solía recoger la semilla, secarla en el sol y llevármela para enviar a Escocia. A la mañana dejamos Adamuz, comimos en San Benito, que está ya en Castilla la Nueva, habiendo atravesado la Sierra de Alcudia (19), y llegamos a La Garganta (20), un hermoso pueblo en un paisaje risueño. Nos hospedamos en una venta muy buena, donde la doncella estaba de buen humor. Ella y yo tomamos juntos una botella de vino luego de haber aderezado yo la cena. Cuando ella llegó con la cena ya para servir yo estaba montando la cama de campaña de sir John. Empezó mi amo su cena y ella preguntó:

—¿Por qué empieza usted a comer antes de su compañero?

—John, dijo mi amo, ya veo que no podré empezar de ninguna manera antes de sentarte tú, a menos que dé un disgusto a la señorita.

En un momento me había puesto la chaqueta y me había sentado a cenar. Mientras yo hacía el chocolate a la noche ella me indicó dónde dormía, para que pudiese llamarla por la ma-

(17) En el texto: "Samosa".

(18) Quizá la Dehesa de la Jara.

(19) En el texto "Sierra de Conovista", acaso reminiscencia de "Conquista".

(20) En el texto "Gorgortial".

ñana temprano. Al amanecer, cuando me acerqué a su cama, antes de despertarla metí un dólar en el bolsillo de su ropa, porque creo que a una persona de buen humor siempre hay que respetarla y premiarla. Dije cuando despertó:

—Lo siento, mi bien, pero parece que le he despertado a usted una hora demasiado temprano.

—No hay de qué, respondió ella. Acuéstese usted hasta que yo haya encendido una lumbre para calentarle el chocolate. Cuando esté lista yo le avisaré.

Comimos ese día en Venta del Alcaide (21) y luego dormimos en un pueblo grande llamado Villamayor de Calatrava, logrando tener una posada muy buena. Llovió mucho aquella noche, y hubo truenos y rayos, pero puertas adentro todo era agradable y había música y baile. Pasó mucho tiempo la dueña de la venta conversando con sir John, y al alejarse ella dije:

—Señor, se rieron de mí los caballeros de Cádiz cuando dije que no nos haría falta ningún intérprete. Pero vea usted, sir John, cómo yo tenía razón. Hubiera sido costoso, y además le hubieran hecho pagar doble por todo en este viaje.

—Dentro de algunos meses, agregé sir John, yo podría hablar español tan bien como hablo el francés. Es medio latín, y ya hablo el latín y el francés.

Cuando nos acostábamos la tormenta se volvió tremenda, y dijo sir John:

—Creo que no faltó ninguna cosa mala con que no haya topado después de que salí de mi casa.

—Señor, respondí, si estuvieran aquí algunas escocesas viejas dirían: "Por cierto sir John tiene mala suerte por haberla abandonado a alguna señorita".

Pude decirle esto porque ya me habían explicado cómo había en efecto abandonado a una de las señoritas más dignas de toda Escocia, heredera de bienes, y cómo había luego cortejado a otra heredera tan buena como la anterior (con quien se casó después). No me contestó nada, sabiendo que había tocado en la verdad.

Al próximo día atravesamos un hermoso paisaje, y luego el Río de la Vega, y nos paramos en Luciana. Comimos y nos pu-

(21) Aparece en Pedro Juan Villuga, *Repertorio de todos los caminos de España* (Medina, 1546), reproducido Nueva York, 1967.

simos a cruzar la Sierra de Luciana (22), haciendo alto en Piedrabuena, un pueblo que está en un país muy rico y cerca de una gran sierra. Debo decir que no hay ningún peligro de ladrones en España, y al pararse uno en pueblos y aldeas podrá dejar cosas del valor de quinientas libras en el coche toda la noche con toda seguridad. Sin embargo, en las sierras y los bosques grandes hay bandidos peligrosos.

Al día siguiente comimos en Mora, y pasando las Sierras de Mora y de Toledo (23), llegamos un sábado por la tarde en la opulenta ciudad de Toledo. Logramos tener una posada excelente, donde nos hicieron muy cómodos. Dimos un paseo al otro lado del río Tajo. No llevábamos gran prisa para partimos, teniendo una sola etapa que efectuar antes de llegar en Aranjuez, donde el Rey de España tiene su corte. Sir John se había vestido la mañana siguiente, y bajado a desayunar, y yo me vestía también y me afeitaba cuando entró una doncella para hacer la cama. Estábamos conversando ella y yo cuando me pidió que le afeitase (24).

—Pero, mi bien, dije, ¿si le pudiera lastimar la cara bonita?

—Señor, usted se afeita y no tiene la cara lastimada.

—Muy bien, si usted me da un beso le afeitaré.

Me dio un beso en seguida y yo le afeité, haciéndole saber que ella era la primera muchacha que había afeitado jamás. Tenía unos dieciséis años y me causó mucha pena separarme de ella, pero después del desayuno nos partimos y llegamos a Aranjuez, la aldea más hermosa que jamás vi. Antes de nuestra llegada viajábamos por el monte más estéril de toda España y de súbito divisamos por delante un valle risueño de unas diez millas de largo. Allá debajo del monte estuvo el pueblo, construido como una unidad de piedra blanca, con todas sus calles paralelas como si fueran tapias en un jardín; todo fue planeado así antes de haberse construido una sola casa. El Real Palacio está a un extremo del pueblo. Es suntuoso, quedando a orillas del Tajo y al extremo de un puente también en piedra blanca. El jardín de placer del Rey está abierto para el público.

(22) O la Sierra de la Serrana o la de los Canalizos.

(23) En el texto "Cole".

(24) Trae a la mente una página del *Retrato de la lozana andaluza*: "TIA: Esperá. Traeré aquel pelador o escoriador, y veréis que no deja vello ninguno, que las jodías lo usan mucho.

LOZANA: ...Mejor se hace con vidrio sutil y muy delgado, que lleva el vello y hace mejor cara..." (Mamotreto 14). ¿Cabe pensar luego en una costumbre de 'cristianas nuevas'?



Nos hospedamos en la Venta de las Armas Reales (25), y después de llevar nuestras cosas para arriba yo no tenía nada que hacer. Así que fui a pasearme, y vi a la gente que iba a la Real Capilla, donde la Reina y una de las princesas ocupaban asientos principales. Como yo estaba muy bien vestido, con mi redecilla de seda en el pelo y una buena espada, entré en la capilla. Salí para casa después del oficio, y a la hora de comer sir John le di mi informe de cómo había sido. Dos camareros españoles le atendían muy bien, porque sabían que era británico y que tienen éstos la reputación de ser ricos y liberales.

—John, dijo mi amo, he estado contando cuántos platos me traen. Hasta ahora han aparecido catorce platos calientes. Los dos camareros nos miraron de hito a hito, y dije:

—Señor, iré a ver lo que me han preparado para mí abajo.

Luego pude darle cuenta a sir John de que me habían traído once excelentes platos para el almuerzo. Envié después mi amo una carta a lord Grantham, el embajador de Inglaterra (26), haciéndole saber que estaba a la Venta de las Armas Reales.

1778

Dejamos Portugal atrás, habiéndonos partido para Badajoz, la capital de Extremadura y una ciudad grande y fortificada con un gran establecimiento militar. Luego atravesamos el Guadiana, pasamos por Talavera la Real y Lobón y llegamos aquella noche en Mérida, otra ciudad opulenta, con suntuosas iglesias y grandes edificios, y donde encontramos una sociedad muy selecta. Como era de la Iglesia Católica mi nuevo amo, el señor James O'Neill, la gente se aficionaba mucho de nosotros, y nosotros de ella, en todo este viaje. Nos dirigimos hacia Trujillanos y San Pedro de Mérida, donde comimos (27), y llegamos a la noche a Miajadas. Al día siguiente pasamos por Puerto de Santa Cruz e hicimos alto en Trujillo, donde hay una de las iglesias monumentales de España, y donde tuvimos buena aco-

(25) Sin duda la Venta de la Reina, que luego se llamará Venta de las Cuatro Naciones, los timos de cuyo propietario extranjero se comentan por Ford, O'Shea *et al.* durante el siglo XIX.

(26) Thomas Robinson, segundo barón de Grantham (1738-1786), embajador a la Corte de España de 1771 a 1779.

(27) El texto dice "Aquí entramos en Castilla la Nueva", una equivocación.

gida, antes de llegar a Jaraicejo, donde también hay hermosos edificios. Tuvimos que atravesar sierras tan altas que nos vimos obligados a alquilar dos bueyes para ayudar a los caballos, mientras que anduvimos nosotros a pie. Llegamos así a Casas del Puerto y a Ventanueva (28), cruzamos el Tajo por un puente monumental de doce arcos, y pudimos llegar antes de la noche a Almaraz. Allí estuvimos muy cómodamente alojados. Como mi amo hablaba español, además de francés y latín, y como se había hecho confeccionar antes de dejar Lisboa un suntuoso traje español con adornos en oro, todo el mundo suponía que era en efecto español. Si hubo jamás un hombre angelical, fue aquél. Siempre mostraba generosidad, nunca hacía nada antes de consultarme a mí, y dondequiera que hubiese música en una venta él pagaba siempre a los músicos, lo cual nos alegraba a todos. Esta vida yo la consideraba la del paraíso aquí en la tierra.

Dejando Almaraz al día siguiente, pasamos por Espadañal, Navalморal de la Mata, Valparaíso, Calzada de Oropesa —donde almorzamos— y Torralba, y llegamos a la noche en Venta del Peral Venegas (29): todos ellos pueblos buenos en un buen país, con buena gente. Al día siguiente comimos en Talavera de la Reina, una ciudad próspera donde mi amo y yo visitamos todas las iglesias y otros edificios, incluyendo las fábricas por las que Talavera tiene su fama. Más tarde en el día nos dirigimos hacia Venta del Alberche (30) e hicimos alto en El Brabo (31): Ahora, aunque Toledo quedaba un poco fuera de nuestro camino, tenía yo gran deseo de volver a verlo, y dije al señor O'Neill:

—Suplico, señor, que vayamos por Toledo, una de las ciudades más notables de España. Luego al salir para Madrid usted podrá ir a ver Aranjuez, donde el Rey tiene su corte parte del año, uno de los sitios más suntuosos de toda Europa.

—Sí, dijo él, me gustaría ver Aranjuez.

Con lo cual dio órdenes al cochero que se dirigiera para Montalbán, donde comimos, y para Toledo, donde llegamos a la noche. Todo el día habíamos seguido la orilla del Tajo, lo cual era muy agradable, y estuvimos en Toledo a las cuatro de

(28) No aparece en los mapas consultados. Villuga, *op. cit.*, sitúa aquí Las Barcas de Arballa.

(29) No aparece en mapas modernos.

(30) O Scotocochinos. También consta en Villuga.

(31) Quizá el "Buruñín" de Villuga; Burujón, en Valdeverdeja.



la tarde. El señor O'Neill y yo fuimos a ver las iglesias, y a nuestro regreso hice preguntas por Mabilia, la muchacha del año anterior. Me dijeron que estaba en casa de su padre, que había dado a luz a una criatura, y que el padre era un inglés que viajaba con su amo. Además, que como ese inglés se llamaba Juan, también al niño le habían dado el nombre de Juan de Inglaterra. Pregunté quién era el padre de Mabilia, y me dijeron que era tonelero y el primo del dueño de la venta. Al querer yo que me condujesen a casa del tonelero, dijeron:

—Señor, es de suponer que usted es el padre de la criatura.

Pronto salió el dueño de la posada, y todos me miraban diciendo:

—Este es el padre de la criatura. Dios le ayude a la buena muchacha.

Me llevaron a casa del padre de Mabilia, donde vi al entrar al niño durmiendo en su cuna. Abracé a Mabilia y le di besos, pero no podía decir más que "Señor Juan" antes de caer desmayada durante una hora entera. En seguida la casa se llenó de gente que me vio tenerla en los brazos. Despertó, me enlazó el cuello con los brazos y volvió a desmayarse. Pronto volvió a su sentido y dijo:

—¡El padre de mi hijo, mi adorado hijo! Nació el día primero de marzo y ya tiene cuatro meses.

La llevé conmigo a nuestra venta, ella con la criatura en brazos, y un centenar de personas vino a vernos. Yo estaba muy satisfecho de que el niño era efectivamente hijo mío y que ella no había conocido a ningún otro hombre. Le supliqué que hiciera el viaje a Inglaterra conmigo, y respondió que esto lo quería hacer con toda su alma. Todos sus amigos estaban de acuerdo, con tal que me casara con ella. Envié por el cura y nos casamos en seguida, con lo cual ella estuvo muy contenta, y por la mañana llegó otro centenar de personas para despedirnos. Ella tenía dieciocho años y yo treinta y ocho. Hice alquilar una calesa para llevarla a Aranjuez y a Madrid, porque pensaba que íbamos a pasar varios días allí.

Llegamos el señor O'Neill y yo a Aranjuez a la hora de comer y nos hospedamos en la misma venta que cuando estuve con sir John Stewart. Estaba el Rey a la sazón en El Escorial, así que mi amo fue a visitar los monumentos y se partió en seguida para Madrid, donde íbamos a pararnos dos días. Llegué a un acuerdo con el calesero que devolviese a mi mujer a To-

ledo, y luego que la llevase al Hotel de Inglaterra en Lisboa. Envié una carta al señor Dewar, propietario de aquel hotel, rogándole que consiguiese un pasaje para ella hasta Inglaterra, donde ella me encontraría en Londres, en Berwick Street, Soho.

1779

En enero estuvimos ya en Londres, y al Lowe's Hotel, así que me dirigí inmediatamente a mi antigua posada de Berwick Street a saber si mi mujer y mi hijo habían llegado desde Toledo. Entré, pregunté a mi dueña cómo estaba, y después de gastar las cortesías corrientes pregunté si alguien había venido a buscarme. Ella dijo que nadie, "pero aquí hay una carta que llegó del extranjero hace cuatro meses". Recibí la carta temblando de miedo de que algún accidente les hubiese sucedido a mi esposa y mi hijo. Pero mis aprensiones se acabaron pronto al abrir yo la carta y leer:

Mi querido esposo,

Recibirás una sorpresa en llegando a Londres cuando no nos encuentres ni a mí ni a tu querido hijo en tu posada la casa de la señora White. Gracias a Dios, estamos bien. Cuando llegué a la puerta de la casa de mis padres, sin embargo, y cuando el calesero me dijo que me preparase para salir a las cuatro de la mañana siguiente, mi madre se comportó como una desatinada. Dijo: "Si me deja así mi única hija no podrá vivir ni una semana más". ¡Vaya un problema difícil de solucionar! Entró mi padre, y entre nosotras dos no hizo más que vacilar, luego fue a buscar a su primo, el señor Logaro, dueño de la Venta de Nápoles, donde nos conocimos. Llegó éste, y mi padre le pidió su opinión acerca de cómo debiera actuar su hija y si debiera hacer el viaje a Londres: "Si se marcha mi hija, mi esposa ha de morir de ello, y yo mismo tendré mucha pena de no ver nunca más a mi hija. Ahora, primo, quiero que me des tu consejo". Dijo el primo: "Me disgusta el ver la dificultad en que estás. Para mí, preferiría que Mabilia quedase con su madre. Entiendo que su esposo es un hombre honrado, tanto por lo que he visto de su proceder como por su haber estado aquí dos veces en compañía de caballeros de bien. Escríbele explicando la angustia de tu esposa ante la idea de

separarse de su hija, y que si él quiere volver a Toledo podremos arreglárselas para que tenga mejor vida que la de un criado que se ve obligado de viajar continuamente por el mundo”.

Ya ves, mi querido esposo, que si tú quieres cumplir con este deseo de ellos estaremos todos contentos. Si no quieres venir acá, déjame saber tus proyectos y yo me conformaré aun a riesgo de mi vida. Dame tu respuesta lo más pronto posible. Creo que cuando me veas otra vez seré ya madre de dos hijos. Tu criatura es un niño hermoso, a quien todo el mundo aquí llama “el Inglesito”. Voy a terminar esta carta; cada día pensaré en la carta que aguardo de ti. Por favor, mi querido John Macdonald, si es posible, ven pronto a Toledo. Sin más particular de tu

esposa afectuosa hasta la muerte,

Mabilia Macdonald

22 de agosto, 1778

Cuando llegué de regreso al Lowe's Hotel, el padre de mi amo acababa de venir de Dublín a recibir a su hijo. Me preguntó:

—¿Es usted el servidor de mi hijo?

—Señor, yo soy el servidor del señor O'Neill. Acaba de salir de casa, pero volverá dentro de poco.

El próximo día me determiné a hacer algo. Después de haberse vestido los caballeros, bajé a Wapping a preguntar si había algún buque que saliese para España. Y en el muelle Saint Andrews encontré uno que estaba para zarpar dentro de tres semanas para Bilbao. Esto me convenía bien, y pagué el pasaje, entendiendo que el capitán se llamaba Jenkins. Después de otra semana en Londres los caballeros hacían sus preparaciones para irse a Irlanda, y un día por la mañana mi amo pidió que yo les acompañara allí. Le di las mil gracias al señor O'Neill y respondí:

—Es que salgo para España con otro señor, puesto que su padre tiene aquí dos criados yo no hago falta. El mayordomo se ocupará de sus bagajes. Quiero expresar mi obligación para con usted. No disfruté nunca de tanta felicidad.

Mi amo me pagó mi sueldo, y luego su padre envió al mayordomo pidiéndome que entrase en el cuarto de estar, donde

me regaló un billete de banco de veinte libras. Al día siguiente se marcharon para Dublín, mientras yo vendí todos mis efectos y me puse listo para el viaje de Bilbao. Llegó el día en que nos embarcamos, y estuvimos dentro de un mes en Bilbao. En desembarcándome eché una mirada para atrás y dije para mis adentros: —¡Adiós, Gran Bretaña e Irlanda! ¡No sé si os volveré a ver o no!

Pasé un solo día en Bilbao, topando en seguida con alguna gente que se partía para Burgos a ver a sus parientes. Eran comerciantes y marineros. Yo alquilé un mulo para montar, y otro para mi equipaje y para el arriero que iba a llevarlos de vuelta. Al cabo de dos días llegamos a una carretera donde yo había pasado dos veces antes, y hasta hubo gente que me reconocía. Era gente muy cortés la que me acompañaba, y esto hizo muy agradable el viaje. Dentro de tres días llegamos a Burgos donde me hospedé en una posada donde había estado antes, mientras que mis compañeros de viaje, menos uno que continuaba hacia Segovia, se despedían de mí. Al cabo de un día más pude viajar en una calesa que hacía el viaje de vuelta a Madrid, lo cual iba a ser más cómodo que el ir montado en un mulo. En la calesa éramos tres, todos viajando a nuestro gusto y bajándonos cada vez que había que atravesar sierras y colinas. En tres días estuvimos ya en Madrid, donde tuve alojamiento por dos noches en casa de un pariente de mi esposa. Luego salí para Toledo en un coche de vuelta, pasando por Aranjuez.

Una semana después de mi llegada a casa de mi suegro en Toledo dio a luz mi esposa a otro hijo varón, y dije para mí mismo: “La tierra de España es muy fértil para los Macdonald”. Estaba contentísima mi mujer de verme, y yo también de ver a Mabilia y los niños. Nos acompañaron en nuestra alegría mis suegros y el señor Logaro, y llegó un sinnúmero de amigos suyos a verme. El día siguiente fui a casa del señor Logaro, la Venta de Nápoles, donde conseguí un empleo que me dio satisfacción.

Ahora doy fin a la relación de mis viajes.

Alan SOONS